

AÑO VI
Nº132



ZURAMERICA

ediciones & publicaciones

—Narciso y Eco, de Ovidio; un relato atemporal—

—Psicopatía y genialidad—

—Por qué olvidamos muchos de los libros que leemos—

LIBROS:

Minimosca de Gustavo Faverón Patriau

Déjalo ir de Stephanie Shirley Trad. de Rodrigo Barra

Fulguraciones de Álvaro Larco

Oink de Paul Seaquist



VEINTEMILLONES

VERANO 2026 - INICIOS DE FEBRERO

“Cuando un payaso se muda a un palacio, no se convierte en rey; el palacio se convierte en circo”.

Editorial

El verano se consolida como un espacio para lecturas pausadas, ofreciendo un refugio ideal para explorar tanto novelas ligeras como ensayos profundos que nutran la sensibilidad y la reflexión personal. Pudiendo mezclar títulos recientes de editoriales independientes junto a clásicos imprescindibles, y aprovechar el tiempo libre. Historias que exploran la memoria, el espacio íntimo, la nostalgia y el viaje, a menudo con un tono ágil pero profundo. Este período permite tanto descubrir nuevas voces locales como releer clásicos sin la prisa del resto del año. Sin embargo, muchas veces nos damos cuenta de que hemos olvidado lo leído; aquí exploramos las bases científicas de ese fenómeno.

Por otra parte, la semana pasada estuvimos en Lima, acordando los títulos que publicaremos en el primer semestre de este año, en conjunto con nuestra editorial asociada, PEISA, por lo que estamos trabajando para publicar *Me gustan los atardeceres tristes* de Carmen Ollé, antes de tenerla de visita cuando venga a recibir el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso 2025, en abril, en la que fue distinguida por el jurado de este importante premio literario «... por el valor artístico, experimental y político de su obra poética, narrativa y ensayista, atravesada por una escritura corporal y nómada».

De la capital de Perú también nos acompaña Andrea Ortiz de Zeballos con una reseña del libro *Minimosca*.

¡Buena lectura!

El editor de Zuramérica

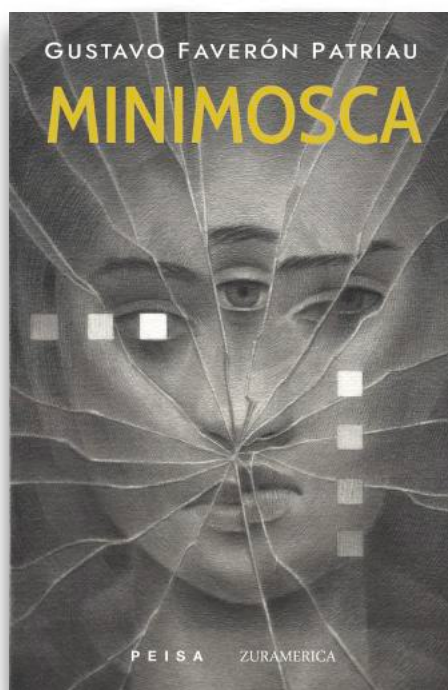


Reseña literaria

No hagas de su cabeza un manicomio. Es como una recomendación de crianza, que toca base colectiva y –cargada de un horror universal– se devuelve al individuo. Aunque en *Minimosca*, la hiperbólica novela de Gustavo Faverón, sea imposible hablar de trama, es una obra de variaciones sobre un mismo trauma. El sentido unitario mayor lo pone así un tema que podría llamarse la lesión primaria, y que se aborda a través de cientos de historias y personajes, en infinitas capas engranadas en una especie de psiquis esencial, reveladora, compleja y profundamente humana. *Minimosca* es una novela sobre la puñalada originaria, esa de la que tanto escribió César Vallejo, que –de paso– es uno de personajes que aparece en varias de las minitramas que construye Faverón con fragmentos de lo que se sabe de la vida del poeta peruano, enlazados con una proyección encantadoramente trastornada de circunstancias que podrían encajar sin problemas en la lógica y estética del poeta que le reclamó a Dios: “itú no tienes Marías que se van!”. Igual que David Lynch –y, sin duda, en homenaje a Lynch– Faverón abre esa grieta de mundos potenciales para sus personajes, y lanza universos en miles de direcciones desde una realidad por naturaleza restringida a individuos, espacios y tiempos finitos.



Andrea Ortiz de Zevallos (Lima, 1978), estudió filosofía y tiene una maestría en comunicaciones. Es directora de la ONG Despensa Amazónica, donde trabaja en proyectos productivos y de investigación, que buscan unir los insumos y la cultura de las comunidades amazónicas con la gastronomía profesional. Luego de vivir por varios años en Guatemala, regresó en 2020 para asentarse nuevamente en Lima. Ha escrito para *El Comercio* y su guion de cine *Muerte en el Festival* ha ganado los premios a Mejor Guion de Comedia en Oaxaca Film Festival y Beast Feature Screenplay en California Underground Film Festival, la película se rodará en 2025.



Pero las dimensiones que abre no llegan a ser paralelas porque se entrecruzan con sus simultáneas, como en una gran mente ecuménica donde cada estrato impacta y transforma el devenir de cualquier otra capa del tejido mayor. Ya se ha dicho que *Minimosca* es una novela total, y lo es a tal punto que es capaz incluso de tirarse abajo la idea misma de “novela total”. ¿Qué quiere decir esto? Que es tan omnímoda, que logra alojar sus afirmaciones, a la vez que sus contrarias. ¿Cómo una novela total puede hacer temblar los fundamentos mismos de la novela total? Porque puede abarcar todos los aspectos de la realidad creada, pero jamás estar completa. En la poética de Faverón siempre está insinuada otra historia antes o después, o abajo o en otra capa o en otro ángulo, o desde una posibilidad remota o al fondo de algún escondite, o con un recuerdo preciso o desde toda una memoria fallida. Es así como *Minimosca* aborda la naturaleza misma de la narrativa, en setecientas páginas que nos tienen al borde del asiento. Son un sinfín de historias que, más allá de cómo se terminan conectando entre sí, estaban desde siempre articuladas por un correlato de causalidades que no necesitan ni pueden ser explicadas. Es una novela sobre la orfandad, sobre el miedo a perder a los seres queridos, sobre la herida más antigua e íntima. Es una metáfora de cómo la memoria es una tendenciosa selección de lo que resulta soportable mantener en el primer plano de la consciencia, y es, también, un retrato de todo lo que se nos desborda sin querer desde las paredes humedecidas de nuestros quince sótanos internos. Y es por eso curioso el rol que juegan, literalmente, los sótanos en la novela: son sótanos a los que también

se les llama fosas, donde un amnésico que ha perdido a su mujer y a su hija ve películas para encontrar claves de una vida que se le ha traspapelado, y donde George y Raymunda —personajes que vienen desde *Vivir abajo*, la anterior novela de Faverón— construyen argumentos para películas que nunca rodarán. Así de total, así de incompleta. Y aun en estas circunstancias puede decirse que es una novela coherente en su ánimo, en su atmósfera, en su estética, en su delirio, en su tratamiento de la psiquis, en su gran sentido del humor y en el hecho de ser, finalmente, una novela de HORROR INFINITO. Aunque esté llena de referencias —y por mucho que juegue con ellas como el Dios de Vallejo que pone a rodar sus dados eternos— es difícil pensar en otra estructura narrativa que se le asemeje como composición total. Existen alusiones indudables, como los guiños a ciertas escenas de Lynch. También puede traernos reminiscencias de la orfandad que se respira en *Claus y Lucas*, de Agota Kristof, pero en *Minimosca* los huérfanos son producto de una guerra más bien interna. Hay menciones directas a Juan Rulfo, pero lo más llamativo es que logra un efecto comparable al producido por la atmósfera de Pedro Páramo, la sensación de aspirar otro aire en un mundo donde todos están muertos. En *Minimosca* encontramos un rasgo parecido. Es como si sumergiera al lector en otra densidad del entendimiento, la densidad del pánico, la presión atmosférica del cuarto retirado de la casa donde antiguamente se escondía al pariente enfermo: ese cuarto que todos llevamos dentro. Pero también nos cuenta Gustavo, con gran sentido del humor, una historia del arte en la que mezcla

personajes y hechos históricos con personajes y situaciones absolutamente inventados y tanto –o más– delirantes. Y no solo nos hace reír a carcajadas, sino que nos deja pensando en que la realidad de cabeza puede llegar a ser, a veces, más razonable que la historia al pie de la letra. Y es que el arte es ese otro mundo que está a la mano cuando la vida es intolerable: “Recuerda los gritos, pero también recuerda que, cuando leía a Vallejo, dejaba de escuchar los gritos, y entonces deja de escucharlos”, cuenta Faverón sobre la niñez de Arturo, el personaje que da título a la novela por su categoría –de ínfimo peso– como boxeador profesional. En la voz de un locutor de radio: “...dice que la nueva sensación es un chiquillo de poco más de veinte años, y dice que el manager de la nueva sensación es un ciego que vive en un basural de El Agustino. Dice que la nueva sensación estudia literatura en San Marcos y dice que dicha sensación es poeta y que se llama Arturo Valladares, un poeta que se ha coronado campeón de Lima en la categoría minimosca”. Desde ese personaje de origen desvalido, que trata de abrirse paso empuñando guantes de box junto al poder de la poesía, y que hace de su fragilidad una medalla, Faverón arroja historias como cadáveres en una fosa común mental. “Escóndete en un laberinto similar, camúflate de loco”, dice una voz, y algún otro personaje sostiene que cuando la pena es tan grande, el individuo se queda vacío y la pena se vuelve una entidad en sí misma, como si el dolor fuese capaz de vivir más allá de la persona: es una pena en pena, un alma soterrada que a la vez puede convertirse en arte o en genio. Y es por eso que el diálogo con el arte –hay

episodios largos sobre artistas visuales, cineastas, poetas, narradores— tiene un sentido doble en *Minimosca*. Igual que la familia, es condena y refugio: “Melville le pregunta a Hawthorne si escribir es morir siempre, morir a plazos. Hawthorne le pregunta a Melville si escribir es matarse de a pocos, suicidarse todo el tiempo, o suicidar la vida exterior de uno para preservar la vida interior de uno”. “Parece un final feliz pero cómo asegurarlo, el mundo está lleno de trampas, es sabido que hay trampas por todas partes”. La imagen final de la novela —por la cantidad de capas y grietas, nada de lo que se diga sobre *Minimosca* podría ser un spoiler— es como una foto familiar con fantasmas presentes, amores que ya no se sabe dónde están y que ni siquiera se puede determinar con certeza si alguna vez estuvieron ni de qué forma estuvieron. Es un recuerdo lejano y herido, un constructo quizá caprichoso, de alguien o de todos, que anhela conexión.

Andrea Ortiz de Zevallos

Lima, febrero de 2025

Palabras

“Hay una historia detrás de cada persona. Hay una razón por la que son lo que son. No es tan solo porque ellos quieren. Algo en el pasado los ha hecho así, y algunas veces es imposible cambiarlos”.

Sigmund Freud
1835 - 1910



Narciso y Eco, de Ovidio

UN RELATO ATEMPORAL

La historia de Eco y Narciso es una de las más famosas dentro de la mitología griega. Se trata de un relato que encapsula la tragedia del amor no correspondido y los peligros que puede ocasionar la vanidad.

En el libro tercero de *La Metamorfosis*, Ovidio narra el mito romántico entre Eco, una ninfa, y Narciso, un cazador. La pieza adquiere un matiz trágico. No sólo por tratarse de un amor imposible, sino porque más allá de su imposibilidad, el lector accede a una visión del amor poco habitual: el amor como una cadena. Una cadena inefablemente bella, pero una cadena al fin y al cabo. El subtexto de este mito es profundo, casi insondable cual cosmovisión y susceptible de albergar diferentes prismas del ser humano.

¿Qué relación puede existir entre las colonias españolas (o las de cualquier imperio) y la narración de Ovidio? Traspasando los límites del relato, ¿dónde

podemos encontrar la figura de Narciso y su correspondiente Eco? ¿Es el Estado el máximo exponente de Narciso y la burguesía la materialización de una Eco perdida en las distorsiones de su amargura?

Sus recursos simbólicos, la historia de vida de cada uno de los protagonistas, la cruel insistencia del deseo irrealizable que encadena para siempre al hombre para apartarlo de su propia conciencia de sí mismo. Todos estos elementos proporcionan grandes posibilidades de interpretación y un poso de riqueza cultural que aún sigue sirviendo de inspiración a los artistas contemporáneos pero, también, como recurso de estudio y análisis para diferentes disciplinas como el psicoanálisis o la psicología.

Ambos son personajes condenados. Eco, una hermosa ninfa, que fue castigada por la diosa Hera a quedarse sin voz y que solo podría repetir las últimas palabras que su interlocutor pronunciase. Como un fantasma, Eco se convirtió en un ser condenado a vagar por el mundo sin posibilidad de manifestar su identidad y a evocar y fortalecer la del resto de seres humanos. Un castigo desproporcionado, si tenemos en cuenta que todo lo que hizo la ninfa fue encubrir las aventuras amorosas de Zeus. No obstante, Zeus era un dios y la venganza de la Diosa Hera fue de épicas proporciones.

Narciso, por su parte, era un cazador que desde que vino al mundo deslumbró al resto de sus congéneres por encarnar el ideal de belleza. De piel tersa, proporciones armónicas y cabellos de ángel se convirtió en el objeto de deseo de muchos. No obstante, su arrogancia le alejó de corresponder cualquier amor y, precisamente por ello, Némesis, la diosa de la justicia, le

maldijo dándole a probar su propia medicina: estaría condenado a amar de por vida a alguien que jamás podría corresponderle: su propio reflejo.

Eco no pudo soportar el nivel de aislamiento al que quedó relegada por toda la eternidad. El sufrimiento que tal circunstancia la llevó a recluirse en una cueva y, poco a poco, se fue consumiendo en su amargura. Su piel comenzó a desintegrarse y sus huesos quedaron ocultos en las profundidades de la tierra. Aquella hermosa ninfa había ido perdiendo su identidad hasta el punto de quedar reducida en una voz lejana, distorsionada por su propia amargura. Y fue entonces cuando Narciso apareció. El cazador se asomó a un lago para beber agua y calmar su sed. En ese momento pudo ver su rostro reflejado en la superficie y, por primera vez, se enamoró locamente.

Al mismo tiempo, con la presencia del cazador, Eco descubrió que no estaba sola y al contemplarlo, también cayó presa del deseo. Trató de comunicarse con él, pero no era más que una triste voz incapaz de expresar más que las últimas palabras del cazador. “¡Eres hermoso, mi amor!”, le dijo él a la imagen que revelaba el agua y que no era más que un reflejo de sí mismo. Eco, involuntariamente, repitió: “¡Mi amor, mi amor, mi amor!”. En ese momento se hizo aún más doloroso para ella el hecho de que el lenguaje se había convertido en un cruel e infinito vacío que le separaba de su amado.

Sin embargo, aquellas réplicas llegaron al corazón de Narciso, le parecieron la evidencia de que aquel reflejo correspondía sus sentimientos y tratando de romper la distancia que los separaba se lanzó al lago para reencontrarse con su amado. Lamentablemente, no logró

encontrar a tal hombre y el cazador se ahogó y murió presa de su propia vanidad. Cuenta la leyenda que en ese mismo lugar y poco después de su muerte, nació a las orillas del lago una flor de belleza indescriptible, la misma que hoy lleva su nombre.

En el mito de Narciso y Eco podemos encontrar un marco simbólico abierto: en el relato, podemos encontrar a través de Narciso una fiel representación de la vanidad, del egoísmo, de la presunción. Pero de la mano de Eco, también una representación del amor incondicional o la entrega absoluta. En ambos casos, el resultado es similar: la desconexión del mundo, la desconexión, en el primer caso, del resto de seres humanos y, en el segundo, de uno mismo.

El relato de Ovidio bien puede hablarnos del colonialismo (de hecho, dicha interpretación fue la base de *Illusions Vol. I. Narcissus and Echo*, una obra de una artista portuguesa contemporánea llamada Grada Kilomba).

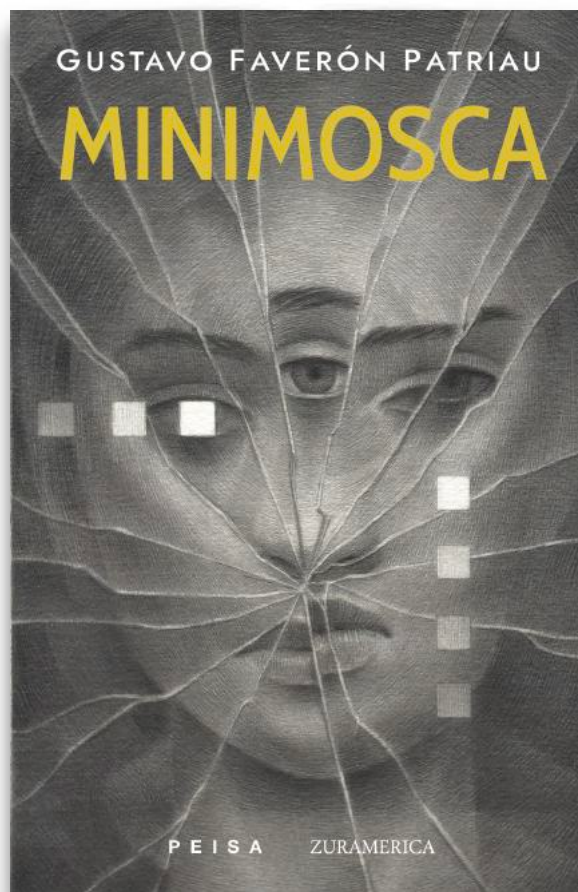
El colonialismo atiende a la pura necesidad de dominación y responde a la vanidad de una nación que no puede dejar de mirarse a sí misma y que, en las voces de las naciones o comunidades asediadas tan sólo es capaz de encontrar más motivos para regodearse en su propio narcisismo. A la vez, el colonialismo plantea un escenario en el que las comunidades asediadas y violentadas, de repente son condenadas a perder su identidad irremisiblemente y ver como todo cuanto lograron construir queda reducido a un eco que no puede más que reafirmar la supremacía del colono.

Probablemente, la figura de Narciso sea la que, en cierto modo, define el núcleo del universo humano. El Estado, probablemente sea un buen exponente del narcisismo y la burguesía un lamentable exponente de una Eco marchita, perdida en la tela de araña que teje el Estado.

Referencias: (1); (2); (3); (4).

Inmigrantes

Minimosca es un acontecimiento en la literatura hispanoamericana. Esta novela, que Gustavo Faverón entrega seis años después de la aclamada *Vivir abajo*, cruza el umbral de la novela total y la antinovela hacia una nueva forma de ficción y metaficción que, sin duda, marcará las décadas futuras. Los innumerables relatos que componen *Minimosca* cubren más de un siglo de la historia de Europa y las Américas: las guerras mundiales, el Holocausto, los Balcanes, el arte de vanguardia en Francia y los Estados Unidos, las dictaduras de América Latina, el Perú de Sendero Luminoso, la confusión contemporánea ante el horror de la verdad y la seducción de la mentira. Como unas *Mil y una noches* contadas por infinitas Sherezades, *Minimosca* es una máquina proliferante que se alimenta del cuento de horror, el delirio de lo fantástico, el humor de lo maravilloso, la filosofía de la derrota y la sonrisa oscura del realismo. Sus personajes –mujeres sobrevivientes, boxeadores enloquecidos, padres devoradores, prófugos, exiliados, migrantes clandestinos y psicópatas desdoblados, además de avatares tragicómicos de Stephen King, Marcel Duchamp, Allen Ginsberg, Georgette Phillipart o César Vallejo– están marcados ominosamente por la insania, el absurdo y el pánico de perderlo todo, pero también, y fundamentalmente, por la fe, la esperanza, el amor y la amistad hasta las últimas consecuencias. Escrita bajo la sombra de la Torre de Babel y el influjo de Borges, Burton y Cervantes, *Minimosca* es, más que una novela o muchas novelas entretajadas, una experiencia vital que lectoras y lectores recordarán para siempre como parte de sus propias vidas.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Minimosca

Gustavo Faverón Patriau

15 x 22 cm / 700 páginas

978-956-9776-70-0

2025, octubre

\$ 27.500.-

El escritor peruano se consolida como un novelista fundamental del mapa de la lengua castellana: ahora reflexiona literariamente sobre la condición ficticia de los acontecimientos.

El país, Babelia.
1 agosto 2025



“En la literatura, nada es más necesario que el azar”.

'Minimosca' es una novela ambiciosa. Los temas que la atraviesan son tantos, que una breve charla como esta no puede más que servir al lector de invitación para adentrarse en sus páginas con la valentía de quien se sumerge en un océano.

elDiario.es España.
20 diciembre 2024



Gustavo Faverón Patriau (Lima, 1966) es autor de las novelas *El anticuario* y *Vivir abajo* (finalista de la Bial Vargass Llosa 2019) y de los libros de ensayo *Rebeldes*, *Contra la alegoría*, *Puente aéreo* y *El orden del Aleph*. Fue editor de las antologías *Toda la sangre* y *Bolaño salvaje*, director de las revistas *Visto & Bueno*, *Somos*, *Dissidences* y *La Vaca Multicolor*; y miembro del comité editorial de la legendaria *Dialectics*. Tras doctorarse en Literaturas Hispanas en Cornell, fue profesor en Stanford y la Escuela de Lenguas de Middlebury. Hoy es jefe del Departamento de Literaturas y Lenguas Romances en Bowdoin, donde antes dirigió el Programa de Estudios Latinoamericanos. Sus artículos, columnas de opinión y reseñas literarias han aparecido en más de cuarenta revistas y diarios alrededor del mundo y libros suyos han sido traducidos a siete idiomas. Vive en Brunswick, Maine, con su esposa y su hija.

Definiciones

“¿Tiene enemigos? Bien, eso quiere decir que usted ha defendido algo con convicción en algún momento de su vida”.

Winston Churchill
1904 - 1973



Psicopatía y genialidad:

TODO GENIO TIENE ALGO DE PSICÓPATA

¿Es posible que, realmente, la supervivencia sea más óptima en el caso de la psicopatía, del egoísmo, que en el caso del colaboracionismo? ¿Sirve de algo la cooperación entre los empáticos cuando el tiburón acecha a cada paso que damos? Y lo que es más importante, ¿por qué existen depredadores y depredados en una misma especie?

Mal que nos pese, puede que la realidad no sea aquello que nos contaban nuestros padres antes de dormir. Es posible que se parezca más a eso otro que leían los niños hace varios siglos, al estilo de los hermanos Grimm; cuentos terribles en los que las cosas no terminaban bien y los protagonistas no recibían alabanzas por su carácter heroico. Puede que la historia tenga algo que nos oculta y que aún no queramos desvelar –revelarnos a nosotros mismos– por doloroso.

Como sucede en los cuentos, queremos creer que la historia de las grandes creaciones y descubrimientos – en música, la literatura, la pintura, las ciencias, la tecnología– ocultan un ser humano de altos valores, una persona alejada de la mezquindad conocida por todos nosotros. Nada más alejado de la realidad. El ser humano crea arte al estilo del que hablara Ortega y Gasset, con esa necesidad enfermiza de conseguir una perfección que nunca podrá experimentar en sí mismo. Así es como las personas tienen hijos sin la sociedad necesitarlos, buscando algo parecido a ellos pero perfeccionado –o eso es lo que creen–. Para el artista o para el científico su obra es la representación de su concepto de lo perfecto. Y, no nos engañemos, cuanto más cuesta algo, cuantos más años, esfuerzo y sacrificio se invierte en algo, algo inanimado, algo que no tiene más voluntad que la que uno mismo le imprime, más posibilidades de que esto llegue a ser una obra maestra. Pero, ¿y si dijéramos que los psicópatas han sido la clave de que ahora estés leyendo esto? ¿Y si, en realidad, la obsesión, la ausencia de empatía y el carácter poco o nada social son las características que definen la perfección, una perfección deshumanizada?

Psicopatía y genialidad: «todo genio tiene algo de psicópata»

Algunos recordarán a los suyos propios. Todos admiramos la obra de algunos artistas «un poco psicópatas» que, sin embargo, nos inspiran simpatía. En la farándula, por ejemplo, deberíamos recordar al queridísimo **Charles Chaplin** que según aseguraron

numerosas voces era un maltratador de mujeres y una de esas personas que habían dejado lo mejor de sí mismas en el celuloide –porque fuera de él eran un verdadero infierno–. Otro ejemplo muy claro sería **Alfred Hitchcock**, quien torturaba psicológica –y a veces físicamente– a los actores.

Y esto es solo la punta del iceberg ya que la ciencia, especialmente en el campo de la cirugía e investigación, es el campo en el cual se encuentra el mayor volumen de psicópatas según Kevin Datton, psicólogo que se ha pasado media vida estudiando el comportamiento de la psicopatía. La medicina es un campo que atrae enormemente al psicópata, especialmente en las especialidades que tratan de *cortar carne* ajena. **Jack El Destripador** es el nombre que a todos se nos viene a la cabeza, seguramente porque comics como *From Hell* reavivaron la llama de la curiosidad en torno a este personaje. Sin embargo, lejos del mito, hay algunos casos de científicos que realizaron experimentos atroces en personas o animales y que no sintieron el menor remordimiento. **Ian Oswald**, por ejemplo, quería averiguar cuál era la fórmula para acabar con el insomnio –y, de hecho, descubrió una técnica que, a día de hoy, continúa dando resultados y que consiste en crear un estímulo monótono sin altibajos sonoros–. En sí mismo el hallazgo es positivo y ayudó a miles de personas. Sin embargo, mantuvo a los «voluntarios» en unas condiciones de tortura constantes durante los experimentos que le llevarían a la conclusión. No es el único y todos conoceremos al **Doctor Mengele** gracias a cuyas atrocidades tuvieron lugar grandes avances en el ámbito de la genética.

La psicopatía y su relación con la genialidad

Que la genialidad y la locura van parejas no es ninguna sorpresa –si es que algún ser humano tiene las agallas de considerarse plenamente cuerdo–. Si vamos un poco más lejos, quizás el genio sea una combinación entre obsesión, compulsión, megalomanía, histrionismo y narcisismo. Con estos ingredientes estamos creando a un psicópata. Y es que todo comienza con una obsesión, la de crear algo. El genio no puede pensar en otra cosa que en lo que quiere lograr. Pero, ¿por qué haría esto? Porque cree que está haciendo algo grande –de ahí la barrera entre un genio y monstruo– y que sin su aportación a la humanidad, esta estará perdida.

El genio tampoco está dotado de cierto carácter teatral, en muchos casos por la poca inversión de tiempo que ha hecho en mejorar sus habilidades sociales. También el narcisismo es determinante. La empatía ha sido, históricamente, antagónica a la genialidad (especialmente en el campo de las ciencias) por una sencilla razón: el fin nunca justifica los medios para las personas empáticas. La ausencia de empatía es lo que convierte al genio en genio. Que su prioridad no sea ni su familia, ni ninguna relación humana que no sirva al objetivo final. El pensamiento del psicópata es muy similar al del genio y, en ocasiones, convergen. Cuando esto ha sucedido en la historia, el hecho meritorio ha conseguido que quede velada la historia del psicópata en favor del noble hallazgo.

Un ejemplo muy ilustrativo de psicopatía en TV

Quizás una de las escenas más chocantes de la serie Dexter fue en la que la doctora que, junto a su padrastro, se había encargado de educarle en el asesinato selectivo, le responde a una afirmación que el hace: «soy un monstruo». La respuesta a esta confesión es: «No, eres perfecto». ¿Es posible que la psicopatía no sea, si no, un medio adaptativo en otro tiempo ahora desfasado? ¿Qué le hubiera ocurrido en otro tiempo al ser humano si hubiera sido excesivamente empático? ¿Y si no lo hubiera sido nada? Si eliminamos todas las trabas morales y éticas en las que nos educan para vivir en sociedad, ¿es posible que, realmente, la supervivencia sea más óptima en el caso de la psicopatía, del egoísmo, que en el caso del colaboracionismo? ¿Sirve de algo la cooperación entre los empáticos cuando el tiburón acecha a cada paso que damos? Y lo que es más importante, ¿por qué existen depredadores y depredados en una misma especie?

Inmigrantes

Una extraordinaria historia de creatividad y resistencia. Conmovedoras memorias de una mujer que hizo una fortuna en un mundo de hombres y luego lo regaló todo... que pronto se convertirá en película. En 1962, Stephanie "Steve" Shirley creó una empresa de software cuando el concepto apenas existía. *Freelance Programmers* empleaba a mujeres para trabajar en proyectos complejos, como la caja negra del avión *Concorde*, desde la comodidad de su propia casa. Shirley empoderó a una generación de mujeres con la tecnología, dándoles una libertad inaudita para elegir sus propios horarios y gestionar su propia carga de trabajo. El negocio prosperó y Shirley fue transfiriendo gradualmente la propiedad a su personal, creando 70 millonarios en el proceso. *Déjalo ir* explora la carrera pionera de Shirley como empresaria, pero también traza su increíble historia personal: su dramática llegada a Inglaterra como refugiada, sin sus padres, en el *Kindertransport* durante la Segunda Guerra Mundial y la trágica pérdida de su único hijo, que padecía un grave autismo. Hoy en día, Dame (título honorífico entregado por la monarquía británica) Stephanie Shirley es una de las principales filántropas de Gran Bretaña, y dedica la mayor parte de su tiempo, energía y riqueza a las organizaciones benéficas que le son afines. En *Déjalo ir*, la autora cuenta su inspiradora historia y explica por qué regalar su riqueza y —dejarla ir— le ha aportado infinitamente más felicidad y plenitud que haberla adquirido.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Déjalo ir

Stephanie Shirley

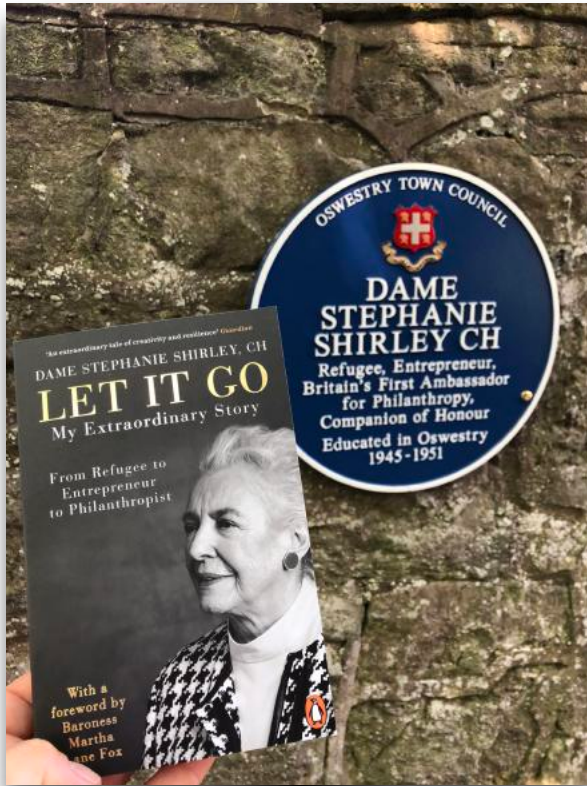
Primera traducción al castellano de *Let it go*
(Penguin Random House, 2019)

16 x 23 cm / 356 páginas

978-956-9776-29-8

2022, diciembre

\$ 17.500.-



“Una extraordinaria historia de creatividad y resistencia”

The Guardian

“Hay todo un curso de negocios en este libro... pero lo más importante es que esta apasionante historia de una vida extraordinaria está llena de lecciones sobre lo que significa ser humano”

Financial Times



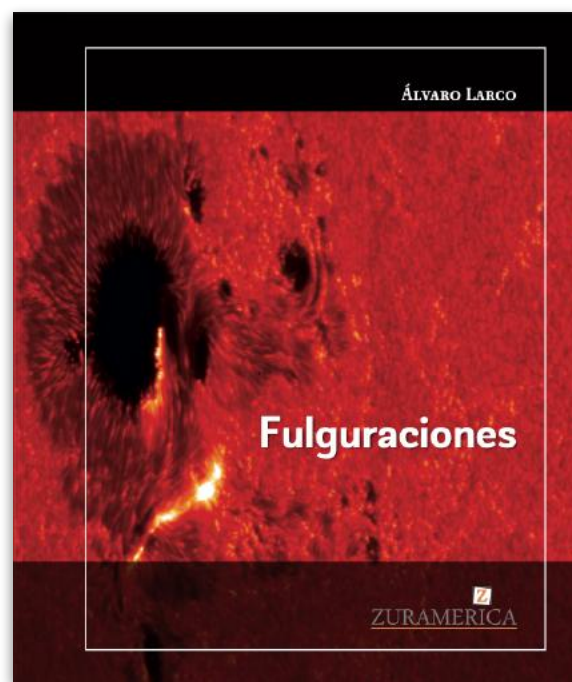
Nacida **Vera Buchthal**, en 1933, en Dortmund, Alemania. **Stephanie Shirley** es una empresaria informática y filántropa británica. Shirley llegó al Reino Unido en 1939 como parte del programa *Kindertransport* que evacuó a unos diez mil niños judíos de Alemania y otros países. En Gran Bretaña fue acogida por un matrimonio de los alrededores de Birmingham que, aunque anglicanos, la enviaron a estudiar a un colegio católico, donde destacó en matemáticas. A los dieciocho años comenzó a trabajar en el centro de investigación del Royal Mail en Dollis Hill; allí estuvo ocho años. Durante ese tiempo asistió a clase después de su jornada laboral y obtuvo un Grado en Matemáticas. A mediados de los años 50 tuvo un primer contacto con los ordenadores, lo que la llevó a solicitar su traslado hacia esa vertiente dentro del centro en el que trabajaba. Shirley acabaría dejando esa empresa por negarle un ascenso, por ser mujer, y porque iba a casarse con otro empleado, lo que obligaba en aquella época a que uno de los dos dejara la empresa. Tras retirarse de la Royal Mail, trabajó en ICL durante un año y medio. Para aquel entonces se llamaba English Electric ICT, y el trabajo se realizaba en una subsidiaria a partes iguales con General Electric Company. Dentro de esta empresa también vio pocas oportunidades de ascender debido a su condición de mujer, lo que la llevó a plantearse crear su propia empresa. En 1962 fundó la empresa de software F. I. Group PLC que contrataba principalmente mujeres, y tomó la costumbre de usar “Steve” como su nombre de pila, ya que normalmente es un nombre masculino y el mundo de los negocios estaba en aquel momento dominado por los varones. Al jubilarse en 1993, se dedicó a actividades filantrópicas a través de la Shirley Foundation. En 2014 se estimaba que había donado 65 millones de libras de un total de 150 que recibió al vender su empresa. Entre las causas que apoya destaca la investigación sobre el autismo, pues su fallecido hijo Giles sufrió este trastorno. Shirley fue uno de los miembros fundadores de la British Computer Society en 1957. Fue nombrada Oficial de la Orden del Imperio Británico (OBE) y ascendida a Dama Comendadora en el 2000. También fue Embajadora del Reino Unido para la Filantropía.

Frases

“Irónicamente, las batallas entre el corazón y el cerebro, casi siempre las pierde el hígado”.

Cuento

El primer cuento de *Fulguraciones* se inicia con la muerte de un vecino durante la infancia del protagonista. El último de los doce relatos que componen el libro, narra la desesperada muerte de su padre debido a una asfixia. El protagonista de *Fulguraciones* es el narrador en primera persona y los personajes son sus familiares: hermano, padre, madre, esposa e hijos, cada uno de los cuales está presente en dos o más cuentos generando conexiones entre los distintos relatos. Los cuentos se ordenan cronológicamente, comenzando en la niñez del protagonista y finalizando cuando han pasado cinco décadas. El hilo conductor de *Fulguraciones* es la muerte, la cual atraviesa el texto de principio a fin y es la temática principal de cada uno de los relatos. Hacia la mitad del libro se ubica el cuento que narra el fallecimiento del hermano, durante un procedimiento cardiológico de bajo riesgo denominado Fulguración. El sorpresivo evento marca la existencia del protagonista quien incorpora la muerte como un pensamiento recurrente que lo atormenta cuando finalizan vidas cercanas a la suya, no solo la del hermano y el padre, también el perro gigante que cambió de carácter, la nana que lo malcrió durante la niñez y el sauce que plantó irreflexivamente en la entrada de la casa. Cada pérdida es una fulguración, un evento lacerante que lleva al narrador al rechazo de la muerte y a la no aceptación de su destino...



[COMPRAR AQUÍ](#)

Fulguraciones

Álvaro Larco

16 x 19 cm / 102 páginas

978-956-9776-27-4

2022, septiembre

\$ 16.500.-



Las fotografías del doctor Larco se caracterizan por el uso de técnicas tradicionales y nula intervención sobre el negativo; su temática gira en torno a situaciones espontáneas que ocurren en espacios públicos de variadas regiones del mundo. En los ocho años que lleva su carrera como fotógrafo, ha ganado cerca de 60 premios en distintos certámenes tanto nacionales como internacionales.

-SAVALnet

Crítica, prensa y medios:

Fulguraciones: Cuentos de una vida de pérdidas, BIOBIO, Ezio Mosciatti [ver](#)

PREMIO ALTAZOR 2002 *Fotografía*, [ver](#)

“Médico lanza libro de fotografía artística”. SAVALnet *Mundo médico*, abril 2003 [ver](#)

MEMORIA DE TÍTULO *Universidad de Chile Escuela de Periodismo*, Rafael Albarrán, noviembre 2002 [ver](#)

CENTRO NACIONAL DE ARTE CONTEMPORANEO [ver](#)

Álvaro Larco nació en 1965. Se tituló de médico en la Pontificia Universidad Católica de Chile y desde entonces ha ejercido su profesión ininterrumpidamente. Entre 1995 y 2004 incursionó en fotografía de manera autodidacta realizando una inesperada trayectoria que lo llevó a exponer de forma individual en el Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo de Arte Contemporáneo y a obtener el Premio Altazor de las Artes Nacionales en 2002. Desde 2016 y también de forma autodidacta, comienza a escribir breves relatos. En 2019 realiza el Diplomado en Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales y posteriormente talleres individuales con escritores nacionales. En 2021 concluye su Ópera Prima, el libro de cuentos titulado *Fulguraciones*.

Por qué olvidamos muchos de los libros que leemos



«La lectura tiene muchas facetas, una de las cuales puede ser la mezcla de pensamiento y emoción, indescriptible y naturalmente fugaz, y las manipulaciones sensoriales que ocurren en el momento y que luego se desvanecen».

Leer es un proceso mucho más complejo que abrir un libro por su primera página, ir avanzando desde el comienzo hacia adelante palabra a palabra, línea por línea, y repetir esta técnica página tras página, hasta llegar al final. No es suficiente con ir leyendo palabra tras palabra para asimilar su contenido, ni para retenerlo. La memoria es caprichosa y ocurre a menudo que más que el contenido de un libro

recordamos su materialidad física –el tamaño, el color o la imagen de la cubierta–, las circunstancias en que lo hemos leído –tumbados en la piscina, mientras estábamos de viaje– u otros detalles en apariencia insignificantes como quién nos lo regaló, cuánto nos costó o dónde lo compramos. En un artículo de *The New Yorker* titulado «La maldición de leer y olvidar» Ian Crouch habla de ese desagradable momento en el que, en medio de una conversación, hemos dicho que hemos leído un libro y nuestro interlocutor espera que digamos algo más de él aparte de que lo hemos leído, pero no somos capaces de hacer ningún comentario porque no lo recordamos en absoluto.

Esta embarazosa situación genera toda una serie de preguntas: ¿por qué olvidamos lo que leemos?, ¿es una cuestión de falta de atención?, ¿es que los libros que leo no me gustan?, ¿o es que directamente no me gusta leer? En realidad el olvido no es algo exclusivo de los libros ni del consumo de cultura. Para muchas personas es un suplicio que se repite con películas, series, conversaciones y hasta con personas. En un artículo publicado en *The Atlantic* Julie Beck, al hablar de esto, hace una comparación con llenar una bañera, sumergirte en ella y ver cómo el agua se escapa por el desagüe hasta no quedar nada.

El olvido, más que una limitación, es una de las claves del funcionamiento de la memoria. Según Faria Sana, profesora de psicología en la Universidad de Athabasca, Canadá, la memoria en general es mucho más limitada de lo que pensamos. Podríamos pensar en ella como si fuera el cuello de una botella. El punto más álgido de la llamada «curva del olvido» se produce

durante las primeras veinticuatro horas después de haber aprendido algo. Podemos olvidar más o menos, pero gran parte de eso que se olvida se va durante el primer día, para continuar olvidando pequeños fragmentos de información en los días posteriores, hasta quedarse con la bañera vacía de la que hablaba Julie Beck.

Hasta aquí no hay mucho que objetar, porque este es el funcionamiento normal de la memoria. Sin embargo, para Jared Horvath, investigador de la Universidad de Melbourne, la manera en que la Internet ha hecho que la gente consuma información y entretenimiento ha cambiado en gran medida la forma en la que usan su memoria. En la era digital la capacidad para recordar se ha vuelto algo menos necesario, salvo que se quiera ganar una partida al Trivial o cosas por el estilo. La conciencia que se tiene, dice Horvath, es que «siempre que se sepa dónde está una información y cómo acceder a ella realmente no es necesario recordarla». Como demostró un estudio, cuando las personas saben que tienen acceso a una información en cualquier momento, las tasas de recuperación de esa información son mucho más bajas. Casi se podría decir que Internet funciona como una especie de memoria externa que nos ha permitido vaciar la nuestra. No hay que llevarse las manos a la cabeza por esto. Un simple libro puede funcionar como memoria externa. Cuando sabemos que un dato está en un libro y que podemos acceder a él en cualquier momento no sentimos tanta necesidad de recordarlo. Lo que ha hecho Internet, con servicios como Wikipedia, que ponen una gran cantidad de información al alcance de la mano con enorme facilidad y rapidez, ha sido extremar la sensación de que no es necesario recordar la cultura que consumimos.

Consciente de ello ya en el siglo IV a.C., Platón se refiere al uso de la palabra escrita en un diálogo entre Sócrates y Fedro en el que advierte que alentará el olvido porque hará que se confíe en caracteres escritos externos y no en la memoria –paradójicamente, solo conocemos las palabras de Platón porque fueron escritas–. Si Sócrates rehuía de la escritura era porque creía que mataba la memoria y aunque en parte tiene razón, comenta Horvath, este es un mal menor si lo ponemos en una balanza junto con todas las cosas que nos ha aportado la escritura. Ahí está precisamente la clave de lo que supone Internet a la memoria: el acceso y consumo de una cantidad de información y entretenimiento sin precedentes debería compensar un uso más deficiente de la memoria.

Para demostrar que en muchas ocasiones tratamos de meternos en la cabeza más información de la que podemos demostrar Horvath y sus equipo de la Universidad de Melbourne llevaron a cabo un estudio en el que descubrieron que aquellos que ven muchos capítulos seguidos de una serie de televisión tienden a olvidarla mucho antes y más rápido que las personas que ven un solo capítulo a la semana. Sí, justo después de terminar la serie las personas que la habían visto de golpe obtenían la puntuación más alta en un cuestionario sobre su contenido, pero ciento cuarenta días más tarde la puntuación tendía a bajar por debajo de los niveles obtenidos por aquellos que veían un capítulo semanal. Así mismo, tendían a comentar que disfrutaban de la serie menos que las personas que la veían una vez a la semana.

Como decíamos al principio, leer es una experiencia mucho más compleja de lo que podría parecer a primera vista. Incluso aunque no las lea todas, cada persona se encuentra en su día a día decenas de miles de palabras escritas. El tipo de lectura más común es el que hacemos en Internet, ya sea como forma de ocio o para obtener algún tipo de información. El problema es que para que esa información se convierta en conocimiento es necesario que se adhiera. Lo único que conseguimos con la lectura compulsiva y consumista es un chute satisfactorio y momentáneo, y la sensación de que queremos más. Es por eso que, como defiende Nicholas Carr en su ensayo *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Internet ha cambiado de forma sustancial la manera en la que leemos en general, y leemos libros en particular.

Lo que nos enseña el estudio de Horvath es que los atracones de lectura no son buenos para la memoria. Si se lee un libro a un ritmo de un capítulo diario en lugar de leerlo de golpe se obliga a la memoria cada día a hacer el esfuerzo de volver al punto en que dejó la lectura, a la vez que toda la historia completa se va recordando durante todo ese tiempo. En cambio, si se lee un libro de un tirón no llevaremos a cabo ese acto de volver a procesarlo una y otra vez. A no ser, como dice Crouch, que pongamos en práctica la relectura, otra buena manera de volver a traer a la superficie un libro.

Faria Sana advierte que cuando leemos tenemos la sensación de que estamos asimilando la información y de que podremos agruparla y colocarla sin problema en alguna de las estanterías de nuestro cerebro. Pero en realidad esa información no perdura a menos que se

ponga concentración, esfuerzo, y que se apliquen una serie de estrategias para fomentar el uso de la memoria. Básicamente, los pilares de la memoria son la impresión, la asociación y la repetición. La lectura en voz alta puede ser un buen apoyo para la impresión; también conviene conectar lo que leemos con algo que ya conocemos previamente; por último, la relectura puede ser una buena manera de acabar de fijar detalles. Ese es el tipo de lectura que se hace cuando se estudia o cuando se lee de forma analítica, pero no es la lectura que se suele hacer cuando se lee por ocio. Eso explica por qué desde hace más una década tomo notas sistemáticamente de todos los libros que leo, y por qué culmino su lectura redactando siempre una reseña. Cada una de esas reseñas son la memoria externa que me garantiza que algo del libro, que de otra manera se hubiera perdido o se hubiera vuelto borroso, quede dentro de mí.

En 1940, el filósofo estadounidense Mortimer Adler publicó *Cómo leer un libro*, donde explicaba cómo sacar el máximo provecho a los Grandes Libros de la historia de la humanidad, un proyecto en el que él participó con Robert Hutchins, de la Universidad de Chicago, y que consistía en la elaboración de un canon de las obras más importantes de la literatura occidental. En su libro, Adler daba varios consejos para hacer una lectura crítica y analítica de los libros, y para recordar buena parte de lo que leyéramos en ellos. Además, el filósofo explicaba que existen cuatro niveles de lectura diferentes y acumulativos, desde lo más general y superficial a lo más profundo: elemental, de inspección, analítico y sintópico. El primer nivel es una toma de contacto con el libro; en el segundo nivel se extrae toda la información fundamental del libro; en el tercer nivel

se hace una lectura más sistemática, subrayando pasajes y tomando notas y apuntes; en el último nivel se hace una lectura comparada del libro, se busca una terminología común con otros libros leídos, buscando todo lo más relevante.

La concentración es clave en los últimos tipos de lectura, y no podemos obviar que esta depende en muchos casos de factores externos y ambientales, desde estar relajados para comprender y memorizar mejor lo que se lee hasta cambiar de habitación o de postura para que nuestro cerebro no se acomode. Tenemos que crear las condiciones ideales para ponernos a leer. Por norma general, la luz natural fatiga menos o se lee mejor sentado, aunque es importante que cada lector busque sus condiciones óptimas –hay quien puede leer con un ruido desesperante–.

Pero incluso aunque no se apliquen esos consejos, no significa que la bañera esté completamente vacía. La memoria es caprichosa e injusta y en muchas ocasiones fragmentos de información deambulan por nuestro cerebro, aparentemente inaccesibles pero al acecho, hasta que una señal inesperada los devuelve a la superficie. Muchos de esos datos emergen por asociación, lo que explica que recordemos más el aspecto físico de un libro o dónde lo leímos que su contenido. «La lectura tiene muchas facetas, una de las cuales puede ser la mezcla de pensamiento y emoción, indescriptible y naturalmente fugaz, y las manipulaciones sensoriales que ocurren en el momento y que luego se desvanecen», comenta Crouch. «¿Cuánto de lectura, entonces, es solo una especie de narcisismo, un marcador de quién eras y de qué estabas pensando cuando te topaste con un

texto?», continúa. Sea una cuestión de narcisismo o no, los libros –y las películas, las seres o las conversaciones– no son archivos que se cargan en una biblioteca en nuestro cerebro y que podemos acceder cuando nos venga bien. Como dice Julie Beck, «son parte del tapiz de la vida, entretejidos con todo lo demás». Es por eso que, aunque hay algunas formas de evitar que ocurra, cuando pasa hay que aceptarlo como parte del funcionamiento de nuestra memoria.

Referencias: (1); (2); (3); (4).

Cuento

Un grupo de amigos lleva a cenar a casa a un inmigrante; terminan comiéndoselo a la parrilla. El campeón mundial de ruleta rusa, pierde. Una compra y venta de cónyuges ofrece esposas a precios asequibles, incluso dos por una. Un vecino intruso es empalado, para que no vuelva a husmear. Un peatón ve a un grupo de indigentes bajo un puente y piensa que es un spa vacacional; decide pasar sus vacaciones con ellos. Un terrorista detona una bomba en el supermercado; los clientes pasan impávidos por sobre los cadáveres mutilados en dirección al jugo de naranja, el helado, y las cajas. *Oink* es una colección de narraciones marcadas por un fuerte comportamiento antisocial. Por empatía y remordimientos reducidos y un carácter altamente desinhibido. Todo, producto de las vivencias de niñez y juventud de su personaje central. Un hombre escéptico, solitario y que solo ve la luz a través de los ojos de su hija adoptiva. Luego de sumar eventos traumáticos a su vida, nuestro protagonista se reencuentra con el monstruo en que se fue transformando poco a poco, para acabar muriendo bajo sus propias leyes. *Oink* es una compilación de cuarenta y ocho cuentos separados, sí, pero que tienen la capacidad de formar, en la mente del lector, una novela en la que conoceremos la vida de su personaje principal, a quién a ratos entenderemos, odiaremos, y en otros nos generará lástima. *Oink* ¿es el reflejo de nuestra sociedad? ¿Una crítica a ella? O solo el desvarío de una escritura polémica centrada en lo visceral, en lo terrorífico y la explotación de imágenes sexualmente sugestivas o de violencia extrema. Tal vez la mejor manera de lidiar con estos hechos es bajar las manos y mirar hacia otro lado, quizás simplemente reírnos de nosotros mismos.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Oink

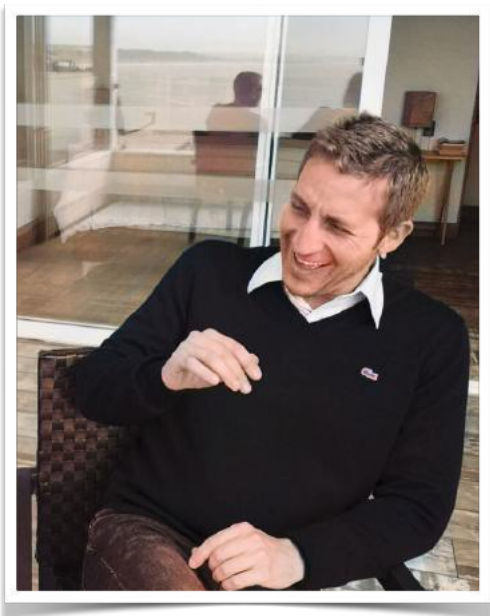
Paul Seaquist

16 x 19 cm / 167 páginas

978-956-9776-36-6

2023, marzo

\$ 16.500.-



Crítica y medios:

Vuelo de rapiña, El Confidencial digital,
22/11/2021 [ver](#)

El arte ilumina el cambio, La Jiribilla, 05/10/2016
[ver](#)

9na. Gala Benéfica de Estrellas de la Danza
Mundial, septiembre 2015 [ver](#)

**“La oscuridad del
ser humano
puede resultar
atractiva para la
lectura”.**

-El Confidencial

Paul Seaquist (Santiago, Chile, 1973), comenzó a escribir a temprana edad, publicando su libro de poesía *Silencios* (Editorial Universitaria, 1997). —Me atreví, más por imprudencia que por talento, a asomarme al abismo de la poesía. Me resultó bien. *Silencios* es un poderoso libro de adolescencia—. Luego vino *Cartagena* (Editorial Universitaria, 1999). —Fue mi primer acercamiento a la prosa, y se publicó unos años más tarde—. Su obra figura en la antología *Después del 11 de septiembre* (Ficticia, México, 2002) junto a otros autores latinoamericanos, siendo el autor más joven de la colección. Seaquist se convierte en un exitoso empresario artístico guiando las carreras de importantes estrellas de la danza y de la música. Produce espectáculos masivos alrededor del mundo, abre nuevos mercados y revoluciona la industria discográfica con sus discos de voz hablada. Radicado entre España, La Habana y Berlín, a comienzos de los 2000, y por razones laborales pospone su proceso literario. —No tenía nada que decir, y al no tener qué decir, preferí no decir nada—. Tras veinte años de silencio vuelve con el volumen de cuentos *Vuelo de rapiña* (Random House, 2022) que reúne dieciséis cuentos que, dentro de su cotidianeidad, proponen situaciones y personajes tocados por la violencia y el desconcierto. —Las vidas de cada uno de sus personajes cambian por motivos directos o tangenciales, para siempre—. Por años el autor ha colaborado con diversos medios escritos de Alemania, Chile y EE. UU.

Los libros de nuestra editorial los encuentras En: www.zuramerica.com



citylab



queleopichilemu

Palmaria
LIBROS

autóras



BROS
LIBRERÍAS



Librería Zapallar

MILENA
CASEROLA

Gurruchaga 440 2doA (Lun. a Vie. 14 a 18 h), Buenos Aires.